Y LLOVIERON PÁJAROS

Tour de force, 19

Jocelyne Saucier

Y llovieron pájaros

Traducción de Luisa Lucuix Venegas

editorial minúscula
BARCELONA

Título original: *Il pleuvait des oiseaux*
Copyright © Jocelyne Saucier, 2011
First published by Éditions XYZ, Inc.
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved.

© de la traducción: 2018 Luisa Lucuix Venegas
Revisión: Marta Hernández

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: abril de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: © iStock.com/Tomch

SODEC Québec

Este libro se publica con una ayuda a la traducción de SODEC, Quebec (www.sodec.gouv.qc.ca).

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-948348-1-3
Depósito legal: B-7.213-2018

Printed in Spain

A Marie-Ange Saucier

Donde se hablará de los desaparecidos, de un pacto con la muerte que le da sal a la vida, de la poderosa llamada del bosque y del amor que también añade a la vida su valía. Puede parecer una historia inverosímil, pero, como hubo testigos, nada impide creérsela. Negarla sería privarse de esos lugares improbables que dan cobijo a seres extraordinarios.

Esta es la historia de tres ancianos que eligieron desaparecer en el bosque, de tres seres prendados de la libertad.

—La libertad es poder elegir tu vida.

—Y tu muerte.

Eso es lo que Tom y Charlie van a decirle a la mujer que viene a visitarlos. Juntos suman casi dos siglos. Tom tiene ochenta y seis años; Charlie, tres más. Ambos creen que aún les quedan muchos por vivir.

El tercero ya no puede decir nada. Acaba de morir. Muerto y enterrado, le dirá Charlie a la visitante, que no querrá creérselo, de tan largo como ha sido el camino hasta llegar al tal Boychuck, Ted o Ed o Edward. La versatilidad del nombre y la fragilidad de su destino marcarán definitivamente todo el relato.

La mujer es fotógrafa y aún no tiene nombre.

¿Y el amor? Bueno, para el amor habrá que esperar.

La fotógrafa

Había recorrido kilómetros y kilómetros de carretera bajo un cielo borrascoso y me preguntaba si encontraría algún claro en el bosque antes de que anocheciera, o al menos antes de que estallara la tormenta. Llevaba toda la tarde transitando por sendas esponjosas que únicamente me habían conducido a un laberinto de pistas para *quads* y caminos de sirga forestales, y luego solo a charcas arcillosas, lechos de musgo, murallas de píceas, fortalezas negras cada vez más espesas. El bosque iba a cerrarse sobre mí sin que hubiera conseguido dar con el tal Ted o Ed o Edward Boychuck. El nombre cambiaba pero el apellido era el mismo, señal de que algo había de cierto en lo que me habían contado sobre él. Boychuck era uno de los últimos supervivientes de los Grandes Incendios.

Me había puesto en marcha con unas indicaciones que me parecieron suficientes. Al final de la carretera que bordea el río, hay que torcer a la derecha y seguir unos quince kilómetros hasta el lago Perfection, fácil de reconocer por sus aguas verdes del color del jade, un agua de glaciar del cuaternario y redondo como un plato, un círculo perfecto, de ahí el nombre. Después de contemplar el plato de jade hay que torcer a la izquierda, verás un castillete minero todo herrumbroso. Sigue entonces una decena de ki-

lómetros en línea recta, ni se te ocurra coger por los atajos, y te encontrarás con unos viejos caminos forestales. Luego, ya no tiene pérdida, solo hay esa carretera que no lleva a ninguna parte. Si miras a la derecha, verás un riachuelo que desciende en cascada hasta una roca de basalto, ahí es donde Boychuck tiene su cabaña, pero, mejor que lo sepas ya, no le gustan las visitas.

El río, el lago de jade, el viejo castillete… Había seguido todas las indicaciones, pero ni asomo del riachuelo en cascada ni de la cabaña, y estaba al final del camino. Más allá comenzaba un sendero abandonado, apenas practicable para un *quad,* pero fuera de las posibilidades de mi *pick-up*. Estaba preguntándome si dar marcha atrás o instalarme en la parte trasera del todoterreno para pasar la noche, cuando divisé una delgada franja de humo despuntando al pie de una colina y balanceándose muy suavemente sobre la copa de los árboles. Una invitación.

En cuanto los ojos de Charlie me vislumbraron en el claro donde se yergue su amasijo de cabañas, me lanzaron una advertencia. Nadie penetra en sus dominios sin haber sido invitado.

Su perro había anunciado mi presencia mucho antes de que yo llegara, y Charlie me esperaba de pie, ante la que debía de ser la cabaña que le servía de vivienda, puesto que de allí era de donde salía el humo. Llevaba un brazado de ramas, señal de que estaba a punto de prepararse la cena. Sostuvo el brazado contra el pecho durante todo el tiempo que duró nuestra conversación en el umbral de la puerta que, con toda evidencia, no tenía intención de abrirme. Era una puerta mosquitera. La otra, la puerta principal, estaba abierta hacia dentro para que saliera el calor de la atizada. No podía distinguir nada del interior de la cabaña; estaba oscuro y borroso, pero

el olor que emanaba de ella me resultaba familiar. Era el olor de esos hombres de los bosques que viven solos desde hace años, macerando en la intimidad. Olor, para empezar, a cuerpo mal lavado; no he visto nunca ni ducha ni baño en ninguna de las cabañas vivienda de mis viejos amigos de los bosques. Olor a manteca requemada; se alimentan principalmente de carne frita, de contundentes estofados, de carne de caza que requiere una buena dosis de grasa. Olor a polvo asentado en estratos momificados sobre todo lo que no se mueve. Y el olor seco del tabaco, que es su droga principal. Las campañas antitabaco no han llegado hasta ellos; los hay que todavía siguen mascando su picadura de nicotina y esnifando religiosamente sus Copenhagen.[1] Nunca entenderíamos lo que el tabaco representa para ellos.

El cigarrillo de Charlie se paseaba de un extremo a otro de su boca como un animalillo amaestrado, y cuando terminó de consumirse lo retuvo en la comisura de los labios. No había pronunciado aún palabra alguna.

Primero pensé que él era Ed Boychuck, o Ted o Edward, el hombre que había sobrevivido a los Grandes Incendios y que había huido de la vida yéndose al bosque. Lo veían muy de cuando en cuando en el hotel en el que yo había dormido la noche anterior. El hotel era un absurdo, una construcción inmensa de tres plantas en medio de la nada, que en tiempos habría sido, probablemente, el *summum* de la elegancia y que ahora no era sino un despojo de la civilización en mitad del bosque. El hombre al que confundí con el propietario y que solo era el encargado, llámame Steve, me dijo tras cruzar unas palabras, me explicó que

1. Marca distribuidora de tabaco en polvo en Canadá desde 1913. *(Todas las notas son de la traductora.)*

el hotel lo había construido un chiflado forrado de dólares, un libanés que había hecho fortuna con el alcohol adulterado y que se divertía perdiéndola en construcciones megalómanas. Creyó que la vía del tren haría una carambola hasta lo que prometía convertirse en un nuevo Klondyke[2] y quiso ser el primero en hacerse con la clientela que se anunciaba. Su última chifladura, dijo Steve. El Klondyke fue una inmensa superchería; ningún tren vino a escupir su humareda delante del hotel de superlujo del libanés y el tipo acabó marchándose a Estados Unidos, donde montó una cadena de hoteles de carretera.

Me gustan esos lugares que se han despojado de cualquier coquetería, de cualquier amaneramiento, y que se aferran a una idea con la esperanza de que el tiempo termine por darles la razón. La bonanza, la vía del tren, los viejos amigos, no sé qué es lo que esperan. La región posee varios de esos rincones que se resisten a su propio desgaste mientras disfrutan de esta especie de soledad en ruinas.

Mi anfitrión me estuvo hablando toda la velada de lo difícil que era allí la vida, pero no consiguió engañarme. Estaba orgulloso de contarme sus historias sobre osos devorados por las garrapatas y el hambre que te aguardan detrás de la puerta, sobre los ruidos que gimen y crujen al viento por la noche y sobre los mosquitos, no te he hablado de los mosquitos, en junio tenemos de todos los colores, trompeteros, mosca negra, mosca de arena, tábanos, lo mejor es no lavarse, nada como una capa de mugre para protegerse contra esos

2. Klondyke, también escrito Klondike, es el nombre de un afluente del río Yukon en el que se descubrieron unos importantes yacimientos auríferos a finales del siglo XIX. La palabra quedaría asociada desde entonces al recuerdo de aquella fiebre del oro.

dichosos bichos, y luego está el frío de enero, ¡ah!, el frío de enero, no hay mayor motivo de orgullo en el Norte que ese, y mi anfitrión no podía olvidarse de la queja de rigor para que yo admirase discretamente su valentía.

—¿Y Boychuck?

—Boychuck es una herida abierta.

El hombre mudo e inmóvil en el umbral de la puerta no podía ser el que yo estaba buscando. Demasiado tranquilo, demasiado entero, casi bonachón a pesar de aquella mirada que rebuscaba en la mía a ver qué era lo que se escondía dentro. *Animal*, fue la palabra que me vino a la cabeza. Tenía la mirada de un animal. Nada feroz ni amenazador, Charlie no era una bestia salvaje, simplemente estaba al acecho, como un animal, preguntándose lo que se escondía tras un movimiento, un brillo en los ojos, una sonrisa demasiado marcada, unas palabras demasiado fluidas. Y las mías, mis palabras, a pesar de la convicción que ponía en ellas, todavía no habían logrado persuadirlo para que me abriese la puerta.

No se entra en casa de la gente que tiene casi un siglo a las espaldas con una perorata improvisada. Se necesita mano izquierda, habilidad, aunque sin exagerar; los ancianos son expertos en el arte de la conversación, es lo único que les queda en sus últimos años de vida, y un lenguaje demasiado rebuscado les hace desconfiar.

Comencé hablándole de su perro, un bello ejemplar, mezcla de terranova y labrador, que había dejado de ladrar pero seguía vigilándome. Bonito animal, dije, tanto para felicitar al perro como al dueño. ¿Es un labrador? Por única respuesta obtuve un asentimiento de cabeza y una mirada que me indicaba que estaba esperando el resto. Seguro que no había recorrido tantos kilómetros para hablarle de su perro.